Ponencia de D. Juan José Rodríguez Vicente, Delegado de Apostolado Seglar, en la Asamblea Diocesana de discípulos misioneros. Sábado 24 de octubre de 2015.

LA CONVERSIÓN MISIONERA Y EL PAPEL DEL LAICO

1.- LA MISIÓN DE LA IGLESIA. NECESIDAD DE LA GRAN MISIÓN DIOCESANA

“Evangelizar” significa, literalmente, (en su etimología griega) anunciar una buena noticia, ser portador de buenas noticias, ser dador de buenas nuevas y se refiere al “ofrecimiento libre de la buena noticia de Jesús a quien no ha recibido aún el mensaje evangélico, o lo ha recibido de una manera insuficiente” (Rovira Belloso, Josep M^a). “Evangelizar significa para la Iglesia llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad... Pero la verdad es que no hay humanidad nueva si no hay, en primer lugar, hombres (y mujeres) nuevos, con la novedad del bautismo y de la vida según el Evangelio” (EN 18).

En realidad, la evangelización no es una tarea más de la Iglesia, sino la tarea por excelencia de la Iglesia, en la que todo debe estar al servicio de la evangelización. Ni siquiera “la vida íntima de la Iglesia –la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de

los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido- tiene pleno sentido si no se convierte en testimonio, si no provoca la admiración y la conversión y si no se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva” (EN 15).

Nacida de la misión de Jesucristo, la Iglesia es, a su vez, enviada por él. La Iglesia que es evangelizadora, comienza por evangelizarse a sí misma (EN 15).

La evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. La evangelización de todos los hombres constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar. (EN 14). Las últimas palabras que dirige Jesús, tras la resurrección, a sus discípulos, según vemos en Mateo nº 28 son: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes... Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Con verdad puede decir la Iglesia las palabras de S. Pablo: “Porque si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara!” (I Cor. 9, 16).

A diferencia de tiempos y épocas anteriores, por primera vez en la historia de la humanidad, parece que mucha gente es capaz de vivir sin religión. La increencia es ciertamente uno de los grandes problemas de la humanidad, y probablemente el reto más grande que tiene actualmente la Iglesia.

Un teólogo canadiense, ya fallecido (Jean Marie Tillard), publicó hace varios años (1998) un artículo cuyo título era provocativo: “¿Somos los últimos cristianos?”. Y ciertamente no faltan motivos para hacerse pregunta semejante; ¿acaso no hemos pensado algo parecido cuando vemos nuestras iglesias prácticamente vacías de jóvenes y niños, y con una edad media de los que asisten al templo que ronda o supera los 50 años?

¿Seremos los últimos cristianos? El sentido de la fe nos dice que no, porque “el futuro de la Iglesia y del cristianismo depende primariamente de Dios y no del hombre” (Pol, W. H. van de. El futuro de la Iglesia y del cristianismo; citado por L. González Carvajal). Contamos, desde luego, con la promesa de Jesús de que las fuerzas del mal no prevalecerán sobre la Iglesia (Mt 16,18), si bien el propio Jesús se preguntó: “Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?” (Lc 18,8).

Desde luego no seremos los últimos cristianos, pero lo que si se ha acabado ya es el cristianismo convencional, entendiendo por tal “aquél en el que las prácticas y convicciones religiosas son tenidas por buenas y verdaderas, no porque se asienten en la meditación personal, (...) sino porque así se ha aprendido” (“El final del cristianismo convencional”).

“Durante los tres o cuatro primeros siglos no existieron cristianos convencionales. Los seguidores de Cristo, para serlo, necesitaban romper con el ambiente hostil que les rodeaba”. En

algunos casos, incluso, la adhesión al cristianismo podía pagarse con la vida. Hoy podemos decir que en Europa, y por tanto en nuestra Diócesis de Getafe, si bien será difícil pagar con la vida la adhesión al cristianismo, desde luego sí podemos afirmar que los seguidores de Cristo necesitarán romper con el ambiente hostil que les rodea, pues hoy de nuevo vivimos en gran medida en medio de un mundo neopagano, y nos toca evangelizar en un mundo postcristiano. Como abordaremos más adelante, esto nos obligará a vivir la fe con unos rasgos nuevos, o si se quiere con los rasgos antiguos y siempre nuevos de los verdaderos cristianos de todos los tiempos desde hace dos mil años.

“Pero cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?” (Lc 18, 8). ¿La encontrará en estas tierras de nuestra Europa de antigua tradición cristiana? Es una pregunta abierta que indica con lucidez la profundidad y el dramatismo de uno de los retos más serios que nuestras Iglesias han de afrontar. Se puede decir que tal desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio: nuestras comunidades tendrían que preocuparse seriamente por llevar el Evangelio de la esperanza a los alejados de la fe o que se han apartado de la práctica cristiana (Ecclesia in Europa 46-47).

“Es necesario un nuevo anuncio incluso a los bautizados –dice Juan Pablo II-. Muchos creen saber qué es el cristianismo, pero realmente no lo conocen. Con frecuencia se ignoran ya hasta los elementos y las nociones fundamentales de la fe. Muchos bautizados viven como si Cristo no existiera: se repiten los gestos y los signos de

la fe, especialmente en las prácticas de culto, pero no se corresponden con una acogida real del contenido de la fe y una adhesión a la persona de Jesús. En muchos, un sentimiento religioso vago y poco comprometido ha suplantado a las grandes certezas de la fe; se difunden diversas formas de agnosticismo y ateísmo práctico que contribuyen a agravar la disociación entre fe y vida...” (Ecclesia in Europa). La fe se va debilitando cada vez más y cada vez son muchos más lo que la abandonan completamente.

Nos espera, por tanto la tarea de la evangelización, del primer anuncio y de un nuevo anuncio. Y para ello, hemos de recobrar el entusiasmo del anuncio.

No es extraño por tanto, sino más bien muy oportuno, que nuestro Pastor y Obispo, D. Joaquín, haya decidido convocarnos a realizar una Gran Misión en nuestra Diócesis de Getafe, con motivo del 25 aniversario de su creación. Me parece una forma excelente de celebrar las bodas de plata: salir a buscar a nuevos hermanos, para ampliar la familia. Es trabajar por esa Iglesia en salida de la que nos habla el papa Francisco. La convocatoria a la gran misión no minusvalora en absoluto todo el trabajo que se viene haciendo en la Diócesis, que es mucho y en muchos ámbitos. Pero nos puede ayudar, sin duda lo hará, a renovar el entusiasmo por la misión.

Hoy la Iglesia ha de recorrer de nuevo viejos caminos y emprender otros nuevos que se abren en nuestro tiempo a la evangelización: el matrimonio y la familia, la juventud, el trabajo y

profesión, la política, los medios de comunicación, el ocio y amistades, etc.

Pues bien, los cristianos laicos somos la Iglesia en estos viejos y nuevos caminos de la historia que se han de recorrer hoy por la Iglesia. Los laicos han de acompañar a sus contemporáneos para conducirles hasta su destino: la plenitud de ser hijos de Dios.

Lo han suscrito todos los obispos españoles: los laicos son parte protagonista en esta nueva evangelización. De tal manera que la nueva evangelización se hará sobre todo por los laicos, o no se hará. (CLIM. Noviembre de 1991).

CONVERSIÓN MISIONERA

Pero la Iglesia, que es evangelizadora, comienza por evangelizarse a sí misma (EN 15). A toda la Iglesia, y a cada uno de sus miembros en particular, se nos exige una conversión misionera.

Es necesario hacer un alto, parar y examinarnos. Al preparar esta charla me venía a la mente aquella pregunta que hace veinte siglos Jesús hizo a sus discípulos, y que también hoy nos hace a nosotros: **Y VOSOTROS, ¿QUIEN DECIS QUE SOY YO?**

Decía Martín Descalzo que “es una pregunta que urge contestar porque, si Jesús es lo que afirmó de sí mismo, si él es lo que dicen de

él sus discípulos, ser hombre es algo muy distinto de lo que nos imaginamos, mucho más importante de lo que creemos. Porque si Dios ha sido hombre, se ha hecho hombre, da un vuelco toda la condición humana. Si, en cambio, él hubiera sido un embaucador o un loco, media humanidad estaría perdiendo la mitad de sus vidas”

Jesús exige respuestas absolutas. El asegura que, creyendo en él, el hombre salva su vida y que ignorándole, la pierde. Este hombre se presenta como el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Por tanto, si esto es verdad, nuestro camino, nuestra vida, cambian según sea nuestra respuesta a la pregunta sobre su persona.

Si de verdad creo que Jesús es el Camino, la Verdad y la Vida. Si de verdad creo que él es la Luz que ilumina a todo hombre; si de verdad creo que es la manifestación y revelación plena del Dios Eterno; si de verdad creo que es el alfa y la omega, el principio y el fin; si de verdad creo que Jesús es el Hijo de Dios, el Cristo, el que había de venir; si de verdad creo que en Cristo se realiza el hombre en plenitud y que es el Modelo de hombre perfecto; entonces ya mi vida, nuestra vida, hermanos, necesariamente tiene que cambiar.

Entonces amigos, si todo esto lo creo de verdad, mi vida necesita un cambio, una conversión. Si ésta es la fe de la Iglesia, si esto es Cristo para la Iglesia, entonces también la Iglesia necesita un cambio, una conversión.

Si la pregunta de quién es Cristo para mí, es crucial, la respuesta que demos entonces es determinante. Si de verdad Cristo es para mí, lo que Cristo dice de sí, entonces mi vida ya no puede seguir como ha sido hasta ahora. Es necesaria una conversión profunda en mí. Es necesario que verdaderamente él sea el centro de mi existencia, el ideal de mi vida, quien dé sentido a todo mi quehacer. También para la Iglesia exige una conversión profunda.

Dejarse mirar por Cristo y mirar a Cristo, y seguirle. Recorrer su misma vida, hacer mía su enseñanza. Ser en definitiva su discípulo, y siendo discípulo, al mismo tiempo ser misionero.

Decía el papa Benedicto, que no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida. Nosotros hemos creído en el amor de Dios (Deus caritas est, 1).

¿Quién es Cristo para mí? Arde mi corazón cuando estoy en la presencia del Señor, como les ocurría a los discípulos de Emaús.

Pero para ser de verdad discípulo y misionero, necesitamos estar unidos a Cristo. Nuestra vida sólo será santa y fecunda si estamos unidos a Cristo. Sólo la comunión con Cristo garantiza que pueda haber frutos apostólicos en nuestra vida, porque “Sin Mí no podéis hacer nada” dice el Señor, sin embargo nos dice que el que vive en Mí, y yo en él, ese da mucho fruto, y con S. Pablo podremos decir que todo lo puedo en Aquél que me da las fuerzas. Se trata de que Cristo se vaya formando en mí, de que Cristo viva en mí, y para esto tengo

que conocer y tratar cada vez más al Señor. Nos hacen falta muchos ratos de sagrario si queremos que nuestra vida y criterios se vayan adaptando a los de Jesús. También deberíamos contemplar más la cruz, de donde se aprenden grandes lecciones, mirando a todo un Dios crucificado, muerto por mí, y que es escándalo para este mundo. Y ante ese Dios que ha dado su vida por mí en la Cruz, preguntarme como nos sugiere San Ignacio en los ejercicios espirituales: ¿Qué he hecho yo por ti? ¿Qué estoy dispuesto a hacer a partir de ahora?

Es necesaria una conversión, un cambio en nuestra vida. Debemos introducir en el mundo un modo nuevo de vivir, con el estilo de las bienaventuranzas. El verdadero apóstol, el testigo, el discípulo, el misionero se convierte con su modo de vida en un agente transformador de la sociedad, en levadura en medio de la masa. Vivir conforme al espíritu de las bienaventuranzas.

Vivir la vocación cristiana en plenitud es muy difícil. Mantener una fe cada vez más consciente sólo con el alimento del culto semanal, parece ser, por lo que se ve en la experiencia vivida, casi un imposible. El secularismo invade todo de tal manera, que hoy se nos pide ir contracorriente, subir cuando todos bajan, de tal manera que no podremos realizar de forma satisfactoria el combate que supone el vivir cristianamente, si no nos pertrechamos de los medios necesarios para vivir nuestra vocación.

Decía Pablo VI que “sólo el que vive en plenitud la vocación cristiana puede verse inmunizado del contagio de los errores con los que se pone en contacto” (Ecclesiam suam 81).

Llevar a cabo nuestra vocación y misión, exige una madurez religiosa grande, lo que demanda formación, asiduidad en la oración, frecuencia en la recepción de los sacramentos, y todo esto vivido, no en solitario, sino en el seno de una comunidad cristiana que nos ayude a vencer el desgaste de la vida y a reencontrar el norte una y otra vez.

Si nuestra vida no está enraizada en Dios, vanos serán todos nuestros esfuerzos. Dijo Rahner (teólogo jesuita) hace ya años que “el cristiano del futuro será un místico o no será”, y parece que el tiempo le da la razón, pues sólo el tener experiencia de Dios y una fe viva propiciada por el encuentro con Jesucristo impedirá que el secularismo existente acabe con nuestra poca fe.

El misionero ha de ser un “contemplativo en acción”. Él halla respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios y con la oración personal y comunitaria. El futuro de la misión depende en gran parte de la contemplación. El misionero, si no es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de modo creíble (Redemptoris Missio).

Quiero también insistir en la importancia de la formación. Sin formación no será posible que nuestra fe madure. Una fe que no está formada acaba deformándose. Es la formación una exigencia ineludible para vivir hoy cristianamente. Hoy más que nunca los

hombres y mujeres que nos rodean nos piden razones de nuestra esperanza, y será difícil que las demos si no procuramos estar nosotros primero formados.

Será necesaria una vida más íntima con el Maestro, con el Señor. Sin vida interior no es posible hacer la misión. Nadie puede dar lo que no tiene. Nos recuerda la escritura que “de la abundancia del corazón habla la boca”.

No somos cristianos si pensamos, decidimos y vivimos como si Cristo no existiera (Ecclesia in Europa). Y esto es lo que ocurre o nos ocurre a muchos bautizados contagiados por el secularismo reinante.

No se puede ser cristiano sin Cristo. No se puede ser cristiano de veras si Cristo no es el centro de nuestra vida. Si El no vive en nosotros. Si no nos hemos convertido a Cristo. La tarea de mi vida es que Cristo viva en mí (cf. Gál 2, 20), que Cristo se forme en nosotros (cf. Gál 4,19).

Es necesario recuperar el “amor primero”, volver al “amor primero”. Es urgente e ineludible una conversión misionera. Hoy el desafío consiste frecuentemente no tanto en bautizar a los nuevos convertidos, sino en guiar a los bautizados a convertirse a Cristo y a su Evangelio (Ecclesia in Europa 46-47).

Ser cristiano es una vocación, una llamada. Somos elección de Dios (Juan 15). No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido. Dios nos ha escogido. Como buen maestro a su

discípulo, Jesús nos instruye en el contacto íntimo con Él, nos revela los misterios profundos y el proyecto que Dios tiene para mí. Por eso no nos llama siervos, sino amigos, “porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer”, dice el Señor.

La fecundidad de todo apostolado (también el de los seglares) depende de la unión vital con Cristo.

En el bautismo todos recibimos la llamada a ser santos. El laico está llamado a ser santo. La vocación a la santidad es universal para todos los miembros de la Iglesia. Y esa vocación a la santidad es la primera y fundamental de todas las llamadas. Es urgente despertar la vocación a la santidad que hemos recibido.

¿En qué consiste la santidad? En vivir lo más plenamente posible las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. En los tres años de preparación que hemos tenido para la Gran Misión hemos recorrido cada una de esas virtudes. Tuvimos un año para profundizar en cada una de ellas. Si he aprovechado ese tiempo de preparación fenomenal, pero si no lo he aprovechado, no importa. Lo importante es que el Señor hoy me da una nueva oportunidad de empezar. Hoy puedo decidir dar el paso, decirle con convicción al Señor que quiero seguirle, ser su discípulo, ser uno de los suyos para lo que El quiera.

La santidad consiste en amar a Dios con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas mis fuerzas y amar al prójimo como Cristo nos ama. Decía Juan Pablo II que “el amor es como el ADN de los

hijos de Dios". Si en algo se nos tiene que identificar es por el amor que vamos derramando a los demás.

LA VERDADERA NECESIDAD QUE TIENE HOY EL MUNDO, ES LA DE QUE HAYA SANTOS. TENEMOS QUE QUERER SER SANTOS.

Por nuestra parte, es necesario que profundicemos en nuestra identidad, en lo que somos. Tenemos necesidad de apreciar lo que somos, y por el bautismo somos familia de Dios y miembros de pleno derecho de su pueblo-familia que es la Iglesia.

Por otro lado, quien ha sido tocado por Jesucristo "advierde que no puede ya separar la propia salvación de la búsqueda de la de los demás" (Ecclesiam suam 74).

Sin embargo, entre nosotros hay muchos que viven la fe como un compartimento más de los muchos que forman el entramado de cada existencia personal. Muchos, equivocadamente, viven su fe de forma privada; dejan la fe para los domingos, para el culto dominical, pero sin ninguna incidencia después durante la semana y en todos los ámbitos de su vida. Eso es como tener una doble vida. Esa actitud no es propia de un verdadero discípulo. Decía hace tiempo Juan Manuel de Prada (Premio Planeta) en un artículo en ABC que "se ha entronizado -no sólo entre los detractores de la religión católica, también entre quienes la profesan- ese sofisma según el cual la fe es un asunto privado, cuando lo cierto es que la fe, la única fe posible, es

intrínsecamente apostólica, codiciosa de expresarse en público. Una fe privada es una fe muerta, o más bien nonata”.

La unidad de vida de los laicos tiene por tanto una vital importancia, además de ser condición necesaria para la credibilidad de nuestra fe. Nuestro ser cristiano abarca a todos los aspectos y ámbitos de nuestra vida; soy cristiano no sólo cuando estoy en la parroquia o en el ámbito familiar, sino también en mi actividad profesional, y en general en la vida social ordinaria. La fe no es un abrigo que voy cogiendo o dejando según en qué ámbitos me mueva: aquí sí o aquí no, no vaya a ser que me señalen como cristiano y no es oportuno ni correcto.

Los laicos tampoco somos gente de sacristía, o que rezamos mucho pero que luego nuestra oración no tiene incidencia en la vida. Si esto pasa, es que algo falla, porque si de verdad estamos enamorados de Cristo, ese amor debe llenar todos los aspectos y ámbitos de nuestra vida. Si de verdad estoy enamorado de Cristo y hago verdadera oración, eso lo deben notar mi esposa y mis hijos, lo notarán mis compañeros en la universidad o en el trabajo porque seré mejor compañero; se notará con mis amistades y en el tiempo de ocio, se notará en fin en todos mis ambientes. Si tu oración no te lleva a amar de forma concreta a los demás, empezando por los más cercanos a ti, no te engañes, el amor de Dios no vive en ti.

No se nos puede escapar que durante las 24 horas de cada día de nuestra vida, los cristianos somos noticia viva del Dios en el que decimos creer.

Tenemos que redescubrir en nosotros mismos que el Evangelio es buena noticia. Solo así se convertirá también en buena noticia para los demás.

SER MISIONEROS

Recordaba hace un rato que somos elección de Dios: “NO ME ELEGISTEIS VOSOTROS A MÍ, SINO QUE FUI YO QUIEN OS HA ELEGIDO...” (S. Juan 15).

Pero a continuación Jesús nos dice: “OS HE DESTINADO PARA QUE VAYÁIS...Y DÉIS FRUTO...Y VUESTRO FRUTO PERMANEZCA”.

No solo somos llamados, escogidos, sino que también se nos da una misión. Los laicos somos misioneros.

“Para que vayáis”, implica salir de nosotros, ponerse en marcha, en camino, hacia algún lugar, en una dirección. Supone una llamada a ser diligentes. No nos está permitido, no es lícito que permanezcamos ociosos.

El carácter secular es lo propio y peculiar de los laicos. Los cristianos laicos somos la Iglesia en el mundo (CLIM). Es en el

mundo donde el laico encuentra su campo específico de acción. El mundo es el campo propio de los laicos y tenemos una misión que cumplir.

“Ir al mundo”, somos para el mundo. Dios nos quiere en el mundo, para dar frutos de santidad en el mundo.

Sin embargo, ante la contemplación de este mundo y lo mal que aparentemente está, que nos parece tan frío, tan feo y que no nos gusta, podemos tener la tentación del desánimo, de la huida, de la retirada, de esquivarlo, de quedarnos calentitos en nuestros “cuarteles de invierno” esperando a que amaine el temporal. Pero esta actitud sería errónea. No es eso lo que Dios quiere. No podemos desertar de nuestro tiempo, sino ser mensajeros de Su Reino. No se salva el mundo desde fuera. Nuestra espiritualidad es una “espiritualidad de encarnación”. Dios mismo nos ha mostrado la Ley de la Encarnación. Es necesario, como el Verbo de Dios que se ha hecho hombre, hacerse una misma cosa, en cierta medida con las formas de vida de aquellos a quienes se quiere llevar el mensaje de Cristo, nos decía Pablo VI (*Ecclesiam suam*).

Pero tampoco se puede caer en un optimismo ingenuo, lanzándonos al mundo sin ir debidamente pertrechados, de cualquier manera, sin caer en la cuenta de que puedo perder mi identidad y acabar confundiéndome en el mar del mundo. También sería un error.

Parece que la actitud adecuada es la que podríamos llamar de APERTURA MISIONERA: estar abiertos al mundo, con capacidad de discernimiento, para asumir y revalorizar lo bueno y positivo, rechazando o transformando lo que de negativo hay.

Nosotros, en Cristo, tenemos la respuesta a los deseos más profundos e íntimos del ser humano, que no han cambiado a lo largo de los siglos. En especial no ha variado un deseo que “es de origen divino”, y que “Dios lo ha puesto en el corazón del hombre a fin de atraerlo hacia El, el único que lo puede satisfacer” (CIC). Me refiero al deseo de felicidad que hay en el hombre.

Sorprende, nuestros contemporáneos, a pesar de su agnosticismo o indiferencia religiosa, desean la felicidad como lo hicieron los religiosos hombres y mujeres del Medievo. Un deseo, el de la felicidad, inscrito en el corazón del hombre, que lo anhela con fuerza. Es la sed del hombre de hoy como lo fue para el de otras épocas.

Por eso S. Agustín dirá que “nos hiciste Señor para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en Ti”. En la misma línea, Santo Tomás dirá que “solo Dios sacia”.

Todo esto debe animarnos. Quien ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, quien tiene inscrito en sus genes el deseo de felicidad y al mismo tiempo la vocación a la comunión con su Creador, tarde o temprano volverá la mirada hacia quien lo ha creado. Tenemos quizá que ayudar a despertar en muchos de nuestros

contemporáneos esa sed, que ahora están apagando con *coca cola* o cualquier sucedáneo, en vez hacerlo con el agua limpia y fresca que nosotros les podemos ofrecer

El mundo se nos presenta por tanto como un reto y como una oportunidad. Nada del mundo le debe ser ajeno al cristiano. Implicarnos en la construcción de un mundo mejor, que sea anticipo del reino que ha de llegar, no es algo secundario para nosotros. El saber que estamos hechos para la vida eterna no minimiza nuestra acción en el mundo, sino que justamente la hace más importante. Nuestra propia salvación eterna está ligada al cumplimiento de nuestras obligaciones temporales en este mundo. Hemos de estar presentes en el mundo, con una fe confesante y testimoniada.

El Señor nos ha elegido y nos ha destinado para que vayamos al mundo y demos fruto, y ese fruto permanezca. Es verdad que a lo mejor no podemos cada uno de nosotros hacer grandes cosas; posiblemente no podemos cambiar mucho ni de forma inmediata las estructuras, pero sí todos nosotros podemos fermentar de evangelio nuestros ambientes, o al menos intentarlo. Todos estamos integrados en ambientes y en esos ambientes seguro que influimos y podemos influir más aún si somos buen fermento, pequeño pero potente, y por supuesto en contacto con la masa, porque si el fermento no se pone en contacto con la masa difícilmente ésta podrá quedar fermentada. Todos podemos influir. Todos podemos hacer algo. En esta tarea de fermentación y evangelización es muy importante el apostolado del “tú a tu”, del cuerpo a cuerpo, de forma capilar, por la vía de la amistad.

Somos LOS BRAZOS DE CRISTO en el mundo, somos LA PALABRA DE CRISTO en el mundo, somos SU SONRISA en el mundo, somos SU CONSUELO en el mundo, somos EN CRISTO vida para el mundo. Se ha puesto en nuestras manos una hermosa tarea, pero al mismo tiempo hemos de vivirla con responsabilidad, pero sin miedo ni temor, porque el que nos envía está con nosotros, va junto a nosotros. “Yo estoy con vosotros siempre”, nos dirá el Señor.

El ser cristiano es una vocación a ser evangelizador, a ser misionero. Estamos llamados a ser constructores de una ciudad digna del hombre, a trabajar con los demás hombres en la edificación de un mundo más humano. “Lo que el alma es en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo” (Carta a Diogneto). El cristiano se sabe llamado a trabajar en el corazón del mundo, a contribuir para que vaya emergiendo la civilización del amor de la que hablaba Pablo VI. El discípulo de Cristo ha descubierto no sólo que Dios le ama, sino que le invita a colaborar en la construcción de un mundo mejor.

Hemos de vivir en el mundo, pero no ser del mundo. “No pido que los saques del mundo, sino que los guardes del maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo” (Jn 17, 15-16). Pero esta distinción no es separación. Más aún no es indiferencia, no es temor, no es desprecio. Cuando la Iglesia se distingue de la humanidad, no se opone a ésta, antes bien se une a ella. Como el médico que conociendo los peligros de una epidemia, procura preservarse a sí y a los demás de

tal infección, pero al mismo tiempo se consagra a la curación de aquellos que sufren sus efectos (Ecclesiám suam 54-57).

Quiero contaros una anécdota comercial: venta de zapatos en una tribu africana; es lo del “vaso medio vacío o medio lleno”.

PERFIL DEL MISIONERO

¿Cuál debe ser hoy el perfil, el autorretrato del misionero? En la guía que se os ha entregado podréis encontrar algunas virtudes del misionero. No voy yo a referirme a ellas. Lo que me gustaría es reseñar algunas características o rasgos que han de darse hoy en el evangelizador.

En primer lugar, ha de SER UN TESTIGO. Los hombres de hoy no quieren maestros sino testigos. Sólo el que ha visto la luz puede describir la luz. Sólo el que se ha enamorado puede hablar del amor.

Hace tiempo escuché decir a un obispo que: “sólo el que está infectado del virus contagia, el virus. No lo contagia el biólogo aunque tenga hecha una tesis doctoral sobre el virus”.

Además en una cultura donde ya la palabra tiene poca fuerza, y la importancia de la imagen es creciente, adquiere más sentido e importancia aún el valor del testimonio como imagen que es de una vida nueva centrada en Cristo.

Hoy se reclaman “evangelizadores creíbles, en cuya vida, en comunión con la cruz y la resurrección de Cristo, resplandezca la

belleza del evangelio... El hombre contemporáneo «escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escucha a los que enseñan es porque dan testimonio» (87). Por consiguiente, hoy son decisivos los signos de la santidad: ésta es un requisito previo esencial para una auténtica evangelización capaz de dar de nuevo esperanza” (Ecclesia in Europa 49). Somos por tanto responsables del evangelio que proclamamos.

El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: “Lo que contemplamos... acerca de la Palabra de vida..., os lo anunciamos” (Redemptoris Missio, 91).

Probablemente es el caso de muchos de los que estamos aquí. ¿Quién de nosotros no tiene esa experiencia de Dios? ¿Acaso no salió el Señor a nuestro encuentro en la vivencia de familia que me dieron mis padres, en aquella convivencia parroquial, en la peregrinación a la que fuimos, en el encuentro que tuvimos en Roma con el Papa, en esos ejercicios a los que me invitaron o en un Cursillo de Cristiandad, o donde cada uno sabe que el Señor le llamó?

Nosotros a Cristo, le hemos visto. Le hemos palpado. Le hemos seguido. No es una ilusión ni una quimera. No es un sueño ni un ideal inalcanzables. Es real, actúa en nuestras vidas y hemos visto cómo ha pasado también por las vidas de los demás.

Y si somos testigos, entonces podemos dar testimonio, porque eso es lo que hace un testigo, dar testimonio de lo que ha visto y ha oído en su vida y en la de otros.

Windows Vista 22/10/15 22:09

Eliminado: -

Pero, además, tiene que ser un TESTIGO DE SU RESURRECCIÓN, y “transparencia real del Resucitado” (Ecclesia in Europa 27). Esta experiencia es clave. No basta la noticia de oídas, es necesario haber experimentado en carne propia el misterio de la Pascua. Haber pasado de la muerte a la vida, de la tiniebla del sin sentido a la luz de creer. Ser testigo de que Jesucristo vive para siempre. De que no es un personaje histórico sino real, y que el cristiano va a resucitar con El. Y que ese es el motivo de nuestra esperanza. Y que por eso estamos dispuestos a dar incluso la vida si fuera necesario, porque con Jesús resucitado ya viviremos para siempre.

Yo, como muchos de vosotros, personalmente he tenido en mi vida esa experiencia de un antes y un después. De que el Señor pasó por mi vida y se hizo la luz. De que mi vida no tenía sentido, de que me sentía insatisfecho y no era feliz; hasta que un buen día el Señor, a través de una comunidad cristiana, se hizo presente en mi vida y todo empezó a cambiar. Experimenté que en mi vida también se había producido la resurrección: una nueva vida surgía en mí, de forma consciente, creciente y que quería ser compartida y comunicada a otros. Y esta experiencia es tan vital para mí que intento alimentarme de ella y volver a ella cuando me viene la duda o la tentación del desánimo o el cansancio.

Otro rasgo clave del misionero es que sea TESTIGO DE ESPERANZA. Frente al pesimismo y al miedo reinantes en nuestra sociedad, frente a la crisis y al cansancio existencial que se han

instalado en nuestra sociedad, el hombre y mujer cristianos son testigos de esperanza. El evangelio tiene un carácter regenerador porque es buena noticia capaz de sanar el corazón enfermo. Frente a la desesperanza, la esperanza representa la mejor oferta cristiana para la lectura de la historia. Aunque muchos se empeñen en resaltar lo inhóspito de nuestro mundo, el cristiano es el menos indicado para cultivar el pesimismo o hacerle concesiones: del Evangelio sólo aprendemos a apostar siempre por la esperanza. Una lectura cristiana de la realidad no puede desembocar en la des-esperanza, pero no por aquello que a veces decimos de que “pase lo que pase lo último que hay que perder es la esperanza”, sino porque la *quintaesencia* evangélica nos asegura que Dios que es bueno y ama al hombre, siempre tiene la última palabra. Nosotros sabemos el final de la película, sabemos que aunque haya que sufrir mucho al final todo acaba bien. La esperanza nos protege. Cristo muerto y resucitado es el verdadero fundamento de esa esperanza. El Señor ha vencido la muerte. No podemos ser por tanto un ejército en retirada porque la batalla está perdida.

Por el contrario, la esperanza invita a contemplar los sucesos de nuestro mundo desde un horizonte abierto. Sin dejar de recordar que el mundo, salido de las manos de Dios, siempre atesora más aspectos positivos que negativos; que la historia, guiada por Dios, moviliza más valores que antivalores; bajo la mirada amorosa de Dios, el hombre siempre es “más digno de admiración que de desprecio” (Albert Camus).

Una cuarta nota querría deciros. Dice uno de los documentos conciliares que los creyentes hemos de ser SEÑALES DEL DIOS VIVO. En este siglo XXI en el que el secularismo ha oscurecido y a veces desterrado totalmente la presencia de Dios en la sociedad, en este tiempo que vivimos en el que podemos observar la inmensa variedad de caminos y ofertas que se nos ofrecen, múltiples caminos que no llegan a ninguna parte, hemos de ser señales que indiquen **el Camino** a nuestros contemporáneos. Pensad cuando entráis con el coche en una gran ciudad, en Madrid, por la M-40 o por la M-30 o la M-45, o por la A-6 o la A-92, o la que queráis ¿sabríamos llegar a nuestro destino si no hubiera en esas grandes autopistas carteles - también grandes- que nos van indicando las salidas. Pero incluso en la circulación a nivel más sencillo ¿acaso no son las señales (de stop, de ceda el paso, de dirección en un solo sentido, etc.) las que en todo momento impiden que la circulación no desemboque en un caos? Pues así habremos de ser nosotros. El caos y la confusión existentes en nuestro mundo irán acabando en la medida que nosotros seamos señales a través de las cuales los demás puedan encontrar el destino que está inscrito en sus corazones, que no es otro que Dios mismo. ¿No es acaso esto ser luz en medio del mundo? ¿No es así como podremos ser sal de la tierra?

Guiar a los hombres al encuentro con Cristo, es el gran desafío de la nueva evangelización, es el reto de nuestra misión diocesana.

Quiero señalar, por último, otro rasgo que debe darse en el discípulo misionero: AMAR LA IGLESIA. El verdadero cristiano

siente un profundo amor por la Iglesia. Un amor universal. Se siente Iglesia (Todos somos Iglesia), y la quiere a pesar de que a veces la Iglesia nos duela. Es capaz de descubrir la multitud de carismas que el Espíritu ha derramado y sigue derramando en su Iglesia, y acogerlos. Se siente en casa, aunque no esté con los de su grupo o de su pequeña comunidad, porque ha descubierto que la Iglesia es una familia.

Y es consciente de que cuando está en medio del mundo está proyectando una imagen de Dios y de la Iglesia, y esto le responsabiliza y le hace tener temblor y temor de Dios, y confiarse y abandonarse a Él. Y sabe que cuando evangeliza no está realizando un acto aislado, ni va por libre, sino que está realizando un acto profundamente eclesial, porque participa de la misión que Cristo ha encomendado a su Iglesia.

Ya para finalizar, me parece que debo insistir en que el éxito de la misión diocesana exigirá siempre nuestra conversión personal y comunitaria. Nos ha recordado el Papa, que la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción. Hay dos signos inequívocos de los que nos habla Jesús, que si los poseemos servirán para que el mundo crea. “En esto conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros como yo os he amado”, dice Jesús. Amémonos así entre nosotros y sin duda atraeremos a otros al Señor.

Por otro lado en la oración de Jesús al Padre, le pide que sus discípulos sean uno, para que el mundo crea. Vivamos en nuestras comunidades esta unidad y el amor mutuo, y entonces el mundo

creerá. Amor y unidad entre nosotros y en nuestras comunidades garantizarán el éxito apostólico de la gran misión diocesana.

ENCOMENDÉMONOS A MARIA, porque en ella descubrimos el modelo de Discípula de Jesús, el ideal de santidad al que aspiramos.